

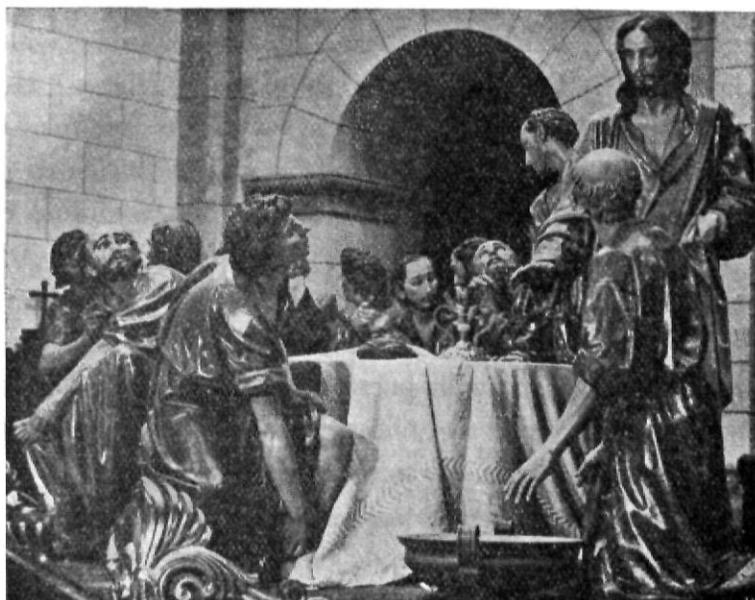
«EL LAVATORIO», DE GONZALEZ MORENO

POR

ANDRES SOBEJANO ALCAYNA

**ACADEMICO C. DE BELLAS ARTES DE SAN FERNANDO
MIEMBRO DE LA ACADEMIA DE ALFONSO X EL SABIO
DIRECTOR DEL MUSEO DE BELLAS ARTES DE MURCIA
BIBLIOTECARIO DE LA UNIVERSIDAD**





EL CONJUNTO

La cámara preelegida y aparejada para la reunión convivial de la Pascua en la casa de un adepto de Jesús, bien acomodado—Samuel según unos, José de Arimatea para otros—sitúabase en el piso alto. Era holgada y de buen menaje: y tenía una puerta junto a la terraza, y unas ventanas en arco por donde se filtraba la brisa nocturna y se asomaban tímidas las primeras estrellas.



En la mesa elíptica y ricamente enmantelada brillaba la vajilla para trece comensales, y la gran copa de ágata, de cuyo vino todos habían de beber; y las hierbas y salsas coloreadas, los delgados ázimos y el corderillo asado se repartían junto al candelabro central de múltiples lucernas que, con los flameros de oscuro barro de la Perea, que lucían en las paredes, habían de alumbrar los más tiernos rasgos de las últimas horas de Jesús, antes de que cayese en las manos de escribas y fariseos, engarbuttadas para el martirio.

La sublime humillación con que quiso aleccionar a sus predilectos, cortando toda ambiciosa porfía de puestos jerárquicos entre ellos, requería en el Maestro arrodillarse ante su miseria y mediocridad. Así lo había de hacer: Pero, el artista imaginero murciano lo ha esculpido en pie, en el preciso «*surgit a coena*» del relato evangélico, dominando el corro bisbiscante de los sorprendidos, imponiendo dulce, pero verticalmente, su decisión de lavarles los pies sucios del caminar desde Betania: no tanto por cumplir el rito hebreo de las abluciones antepandiales, cuanto por darles, a través de la más breve vía del ejemplo, una enseñanza inolvidable de anonadamiento y de amor, purificándolos total y diligentemente.

Ha llegado hasta Pedro, que debió levantarse del asiento, en su rehusar confuso, y que está aquí, postrado ya y persuadido. Juan se apresta a rendirse, desatando su sandalia. Un intercambio de extrañezas, gestos y murmullos, flanquea la blanca mesa que va a ser luego altar.

La escena es augusta, movida, emocionante... El que la describe la vivió, y pone a su narración el prenotando de que Jesús, como los amaba en vida, los amó extremadamente, en el tiempo y en la intensidad, con esta inesperada fineza de ser Él, personalmente, quien, haciendo de esclavo, en oficio de servidumbre inferior, bañara y enjugara las plantas sórdidas de los que lo seguían.

Doctores hay y comentaristas del texto sagrado que opinan que la ceremonia comenzó por los demás Apóstoles, tal vez por Judas Iscariote mismo (¡*mirabile dictu!*!) hasta llegar al viejo y leal pescador galileo, que fué quizás el último en la carismática loción que no acertaba a explicarse. Otros escritores y Padres de la Iglesia sostienen que Pedro fué el primeramente requerido. En la bella traducción a la gubia con que ahora cuenta la castiza Archicofradía murciana, el feliz imaginero parece acogerse a la segunda interpretación, como se deduce de la postura y ademanes del mancebo Juan y de los otros Apóstoles, ante la vencida resisten-



cia del principal de entre ellos: y de la misma actitud de Jesús, en pie todavía y con el lienzo de secar en la mano, antes de ceñírselo, como dice la letra de la crónica evangélica, y era costumbre oriental en estos menesteres.

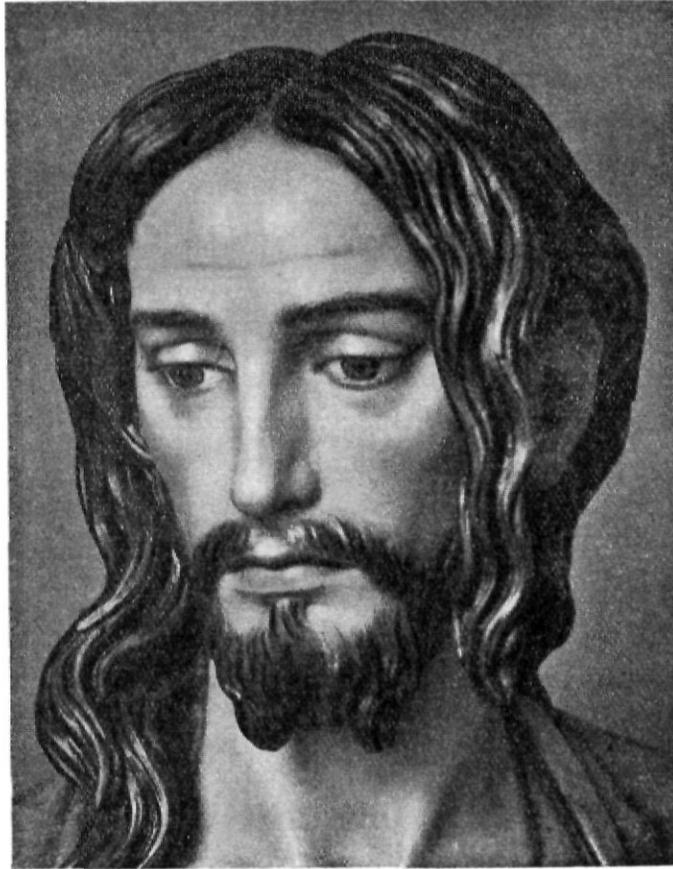
Aquí se centra el nervio de la escena y el momento expresivo del «Paso»: Jesús, sometido ya Pedro en sus nobles objeciones, manda dejar el agua en el dornajo y va a investirse del paño blanco de la limpieza corporal y simbólica. Y, para que su esbelta figura domine más la situación y el grupo, el escultor ha dejado a la mayoría de sus componentes sentados o levemente incorporados por la estupefacción.

Este es el aspecto de novedad en la captación del suceso, en la concepción y composición del interesante grupo escultórico tradicional en la Procesión bermeja del Miércoles Santo, que nos ha aportado esta vez el notable escultor murciano—moderno sin abandonar las huellas clásicas—González Moreno.



DRAMATIS PERSONAE...





JESUS

«¡Jesu, dulcis memoria!»... Se nos viene a los labios la invocación tiernísima del himno de San Bernardo, al contemplar la adorable figura, emergente y mansueta, del Maestro que desea ministrar a sus discípulos en el proemio de su testamento de amor.

Y de su semblante sereno y pálido, como el sol naciente, cuyas mejillas rosea la emoción, y de su túnica entreabierta al pecho, y de su mano



cobijadora, y de todo su continente, se desprende, como un efluvio, una íntima y sintética palabra: Majestad.

Que no es la de los monarcas o próceres terrenales, de vislumbres egoístas; sino que es sinónima de Divinidad.

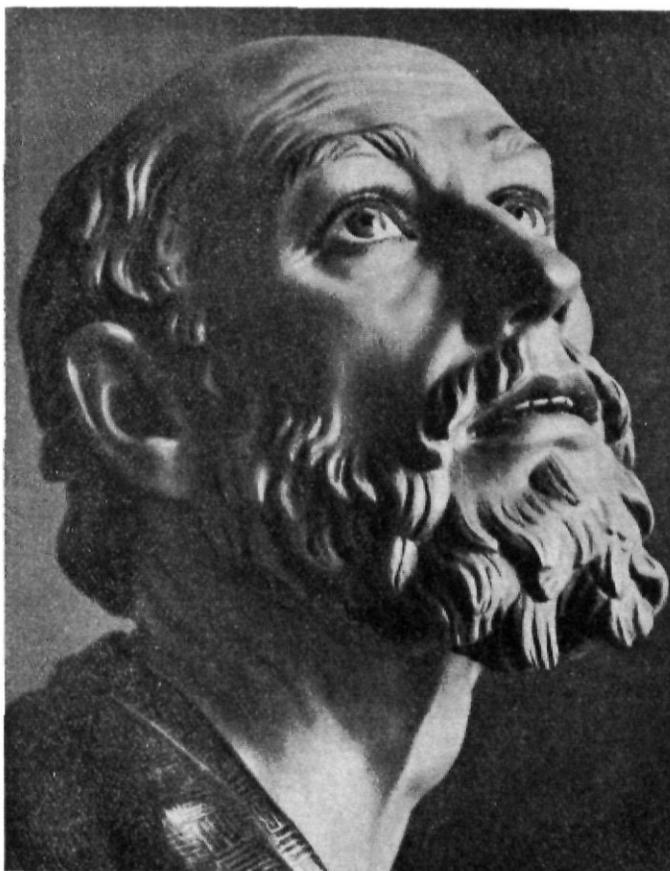
Tiene la sencillez y delicadeza del tipo étnico galileo: Intonso el oscuro cabello, partido en raya y con crencha caída ante la oreja por el lado izquierdo: Los ojos «llenos de infinito», bajo los apacibles arcos superciliares: La boca fruncida, como para prorrumper en conmovida insinuación o en ósculo de despedida: La frente noble y tersa: Y la barba ebe-nácea y cuidada de joven hombre nazareno.

Se yergue preeminente y humilde, como el asfodelo en el valle, sobre todo el grupo apostólico, y junto al viejo ya obediente y genuflexo.

«Lo que yo hago no lo entiendes ahora; lo sabrás después...». Y hay como una refleja llama de misterio bajo su trigueña tez, oreada de las brisas de lagos y collados.

Presencia cautivadora de Jesús, dulce «*super mel et omnia*»; Su rostro inefable; su mirada que no podemos olvidar y se nos dibuja en las entrañas, místicamente, como a la Amada del «Cántico Espiritual»; y en ella aquel anhelo, suave y perseverante, de lavarnos del todo y para siempre...





SAN PEDRO

O la sorpresa... En esta cara de patrón de pesca, de piel curtida, de plateada barba lacia, con sus ojos cargados, pero ardientes, de entrega y deprecación, se ha proyectado un trasunto de su ruda y elemental sencillez, de su humanísima sinceridad.

El hijo de Jonás (Simón Bar-Jona) que no conoce otras complicaciones que las averías de los aparejos de la barca, cuando no sabe explicarse



las cosas, echa por la calle de enmedio y sale al paso con su terne franqueza: —«No me lavarás los pies jamás...».

No en vano es llamado el Hijo del Trueno. Y vocea con sentido aflorante y primitivo sus terquedades bien intencionadas, aunque luego le fallen con debilidad e ignavia seniles, como en el dormirse de Gethsemaní o en el atrio del Sumo Sacerdote. Pero, sus reacciones, violentas y sentimentales, las proclamarán, la espada que rápidamente hiere a Malco y el canto exacto del gallo madrugero.

Con la misma absoluta donación de ánimo se deja enseguida, y pide ser lavado por entero, si preciso fuera, que respondió a la pregunta reiterada del Maestro con aquel trasfundido e inequívoco: —«¡Señor, Tú sabes que te amo!», que le haría llavero de los cielos.

Y esta consciencia de fidelidad da tanto vigor a su espíritu, de anciana flaqueza en ocasiones, que superará ínclito las largas fatigas de Antioquía y Roma, las mazmorras y las cadenas, y hasta la cruz invertida.

Porque esa incommovible fortaleza de sustentación será la de la piedra angular, y lo petrificará como base perenne de la ecuménica Ciudad de Dios sobre la tierra.





SAN JUAN

Testa atónita, de entre arcángel y grumete, con la mirada aquilina y penetrante para la revelación teológica. Sus claras pupilas están como fulguradas por aquella «luz verdadera que ilumina a todos los hombres» y que entrevió desde el inicio de su crónica que el Verbo mismo inspira y dicta. Es el relator de lo trascendente: la antena de lo más sobrenatural y simbólico de la vida terrena de Cristo; el evangelista caudal de la vibración y del resplandor.



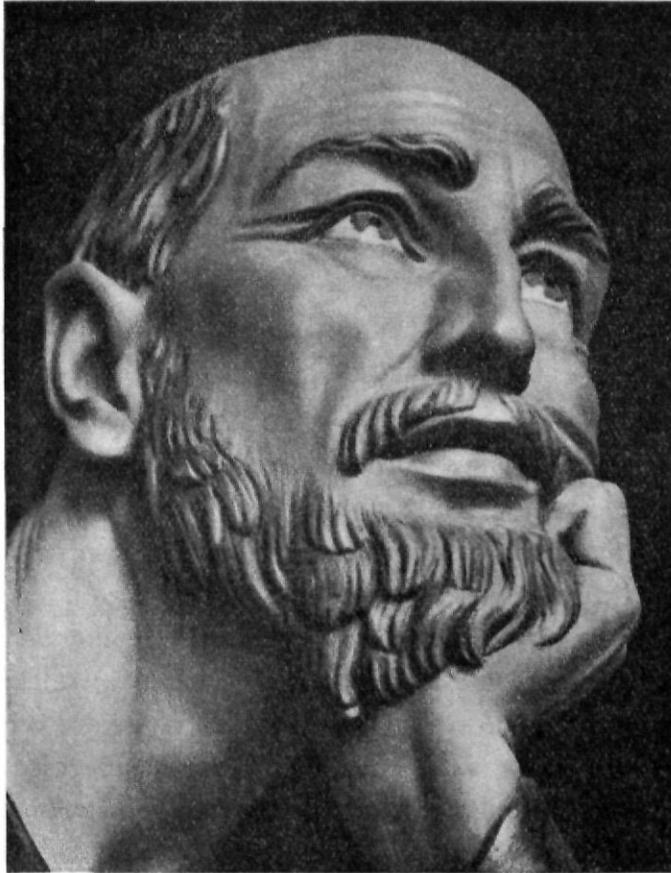
Contagiado del espíritu profético y heráldico del Bautista, de quien fué precoz discípulo; ánimo dócil y pronto a la llamada, como era de los puros y fué de los primeros en seguir a Jesús, éste le confió las intimidades de su corazón, dejándole auscultárselo reposadamente, en el mismo Cenáculo, después del lavacro y la sobremesa de la Cena sacramental y enamorada.

Tiene este vástago del Zebedeo, acostumbrado al remo y a la nasa, muchos años por delante y muchos papeles que desempeñar en las horas últimas del Maestro, y después de su muerte, resurrección y ascensión a los cielos; esos cielos que le habrán de deslumbrar, encendiendo su pluma, en el exilio solitario e isleño de Patmos.

Este mozo barbilampiño no opone complicación alguna a los designios famularios de Jesús. Se despoja enseguida de sus calzas (si es que las llevaban y no iban todos descalzos y enlodados del viaje, como dice el Lyrano; y éllo justificaba más la amable urgencia del Lavatorio) y espera sumergir, a su inmediato turno, el pie incansable que remata la firme pierna juvenil medio descubierta.

Efigie ésta de mucho verismo y movimiento, la más barroca y hábilmente modelada del agrupamiento escultórico, el logrado tipo de Juan tiene a la vez candor bucólico y energía de púgil; y su faz, toda atenta y arrobada, cautiva nuestra simpatía.





SANTO TOMAS

Actitud meditativa, preocupada y con reservas. Mira al divino protagonista con insistente requerimiento, y como no le cabe en la cabeza que descienda a tan humildes oficios, la apoya pensativa sobre el puño, en ponderada y tácita autointerrogación.

No creerá Dídimo, el gemelo, lo que aquí va a pasar, hasta que lo vea por sus propios ojos, hasta que sienta sus plantas mojadas tibiamente por



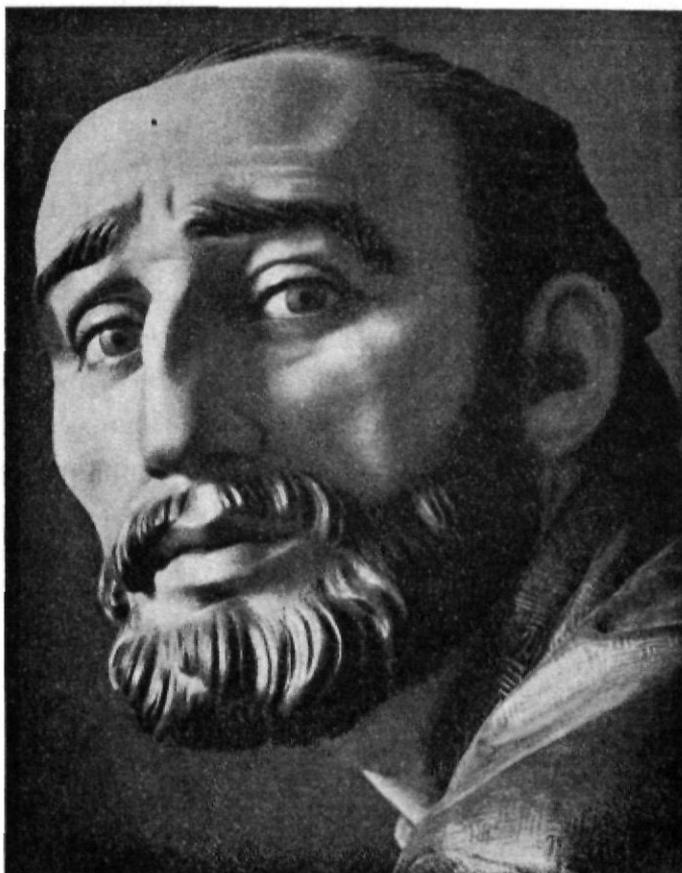
el agua y acariciadas por los dedos del anfitrión; como no creará luego tampoco a sus colegas, testigos de la aparición de Cristo resucitado, si no toca sus llagas.

Se pregunta a sí mismo, y reclama, como el matemático o el filósofo, el poder de la evidencia o la demostración. Todo tiene sus fines y sus causas, su razón y medida, su lógica y su nexos, su arranque y su límite... Por éso, serán los atributos de la iconografía de Tomás el compás y la escuadra.

Pero, una vez que la realidad se enseñoree de sus sentidos y su mente, que lo posea por entero la verdad, exclamará el convicto «*Dominus meus et Deus meus!*...»: Y las raíces de su fe se harán gigantes y se extenderán hasta la Persia y tras los mares y los montes índicos, y tendrán la ensambladura de los monumentos megalíticos y orientales; con la magia captadora y segura para bautizar hasta a los mismos tres Magos de la peregrinación betlemita.

Observación discursiva y expectativa; monólogo interior, y no diálogo actual: el busto casi socrático de este Tomás, de apostolado remoto y aventurero, está revelando su disposición de creer y obedecer; pero como dice el moderno poeta católico y psicólogo, en su panegírica semblanza, a condición de que lo que vea y escuche lo deje plenamente seguro.





SAN FELIPE

Este es de los familiares en el trato, de los incondicionales, de los expeditos. Le bastó un día oír el «Sequere me», para echar detrás, sin abandonos ni nostalgia.

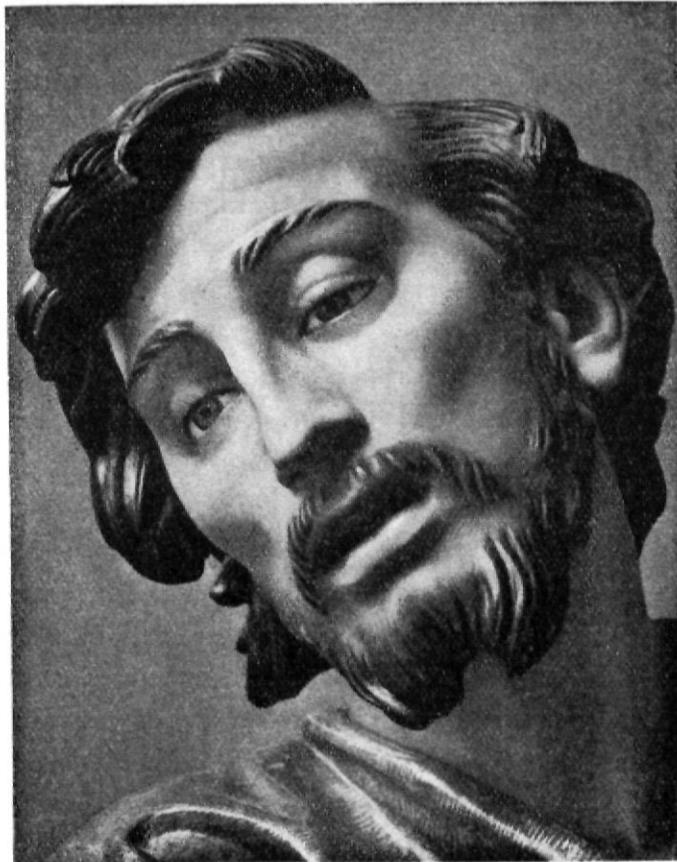
También se descalza apenas conoce las frases y propósitos de Jesús en esta noche de misterio. Es el intendente del grupo, y tiene en aquéllos ciega confianza, porque vió cómo con dos panes y unos peces y con sólo



doscientos denarios se pudo hartar, bajo el mandato del Maestro, el hambre multitudinaria de millares de secuaces y oyentes de su predicación. Nada ha de fallar mediando la palabra del conductor divino. Él habla, y nada es difícil ni ineludible. Él impone, en la Betsaida natal de Felipe, acusada de fría incredulidad, las manos a un ciego, y éste recobra la vista.

Su tipo arriscado, su cara plácida, rezuman tranquilidad espiritual y euforia, ante el inopinado acontecimiento surgido en el convite. No hay para él nada imposible ni sorprendente; y el mensaje de Dios hay que cumplirlo, nos agrade o no, aunque llege a costar la lapidación y el martirio, como el crucífero que Hierápolis de la Frigia reservará mañana para él, a imitación del de su mentor y guía. Su talante es franco y decisivo: porque sabe del ciento por uno, como buen administrador que ha sido, y que, después de ir con Cristo por todos los parajes y regiones, prados y riberas, al final Éste habrá de mostrarles al Padre, como él le pedirá, «y ésto basta».





SAN SIMON

Nada se dice, fuera de la inclusión en la nómina apostólica que hace el primero de los Sinópticos, del Zelote Simón, en los Evangelios; desconocemos su prosopografía, su parecer y su sentir. No nos queda un eco de palabra suya. Pero aquí, en esta plasmación, en esta escena abigarrada, no nos parece ciertamente personaje mudo. Se observa su boca entreabierta al pasmo y al comentario que el inesperado rasgo de Jesús produce en



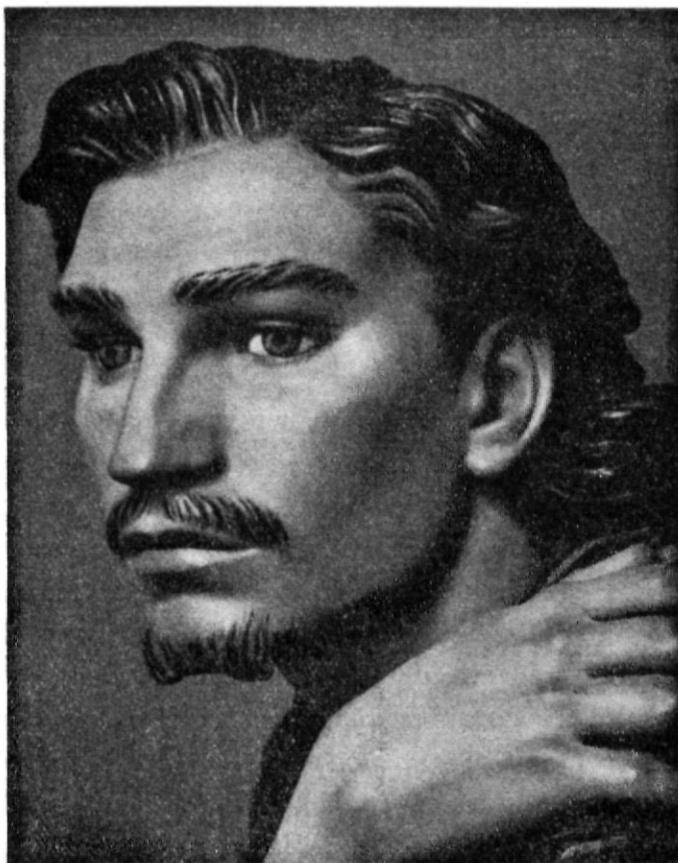
su espíritu. Y su cara, vecina a la del torvo Iscariote de quien recela, se inclina hacia la derecha, un tanto afectada.

¿Has oído y visto lo que se propone el Maestro hacer con nosotros?... ¿No es desusado e impropio de su categoría?... parece advertirle al inquieto contiguo compañero, mientras su diestra apunta a la cabecera de la mesa, donde se dirime la contienda entre la modestia y el Amor, y donde se preparan las abluciones sucesivas.

Este cananeo hubo sido sin duda uno de los testigos de aquel prodigio primero de las bodas famosas, con la transustanciación del agua en vino dentro de la hidrias. Sabe, pues, a que atenerse respecto al poder y la voluntad de Jesús, y a la eficiencia de su Divinidad; y está como impresionado y enternecido por lo extraordinario del trance y la voluntaria humillación que representa.

¡Qué lejos estamos de aquellos Apostolados del Greco, por ejemplo, en que Simón es un rugoso y áspero anciano de lengua barga y con un gran libro abierto! Este nuestro Simón es un hombre maduro, de rostro suave y casi compungido, dinámico en su mímica ingenua, con destellos de pasión y ansiedad que nos hacen adivinar su luengas correrías misioneras por el Egipto, llevando en sus labios, más que profundas doctrinas, acentos insinuantes, y el encantador sortilegio, por todo bagaje, del nombre milagroso de Jesús que hacía derrocar esfinges e ídolos.





SAN JUDAS TADEO

He aquí una señera figura, en este grupo, de la más realista y clásica ejecución, y de una elegante originalidad: Judas, hijo de Alfeo y de Cleofás, hermano de Jacobo, sobrino de San José, primo de Cristo.

Pleno de viril expresión, alto y de buenas extremidades, bien labrado y colocado, aun cuando está sedente, y bien vestido de plegada túnica roja. Está apoyado el busto sobre el borde de la mesa, y cruzados los



brazos con la mano derecha sobre el hombro siniestro, con aire de observador perspicaz y reposado.

Sus rasgos faciales, la prominencia de sus pómulos y labios, sus ojos garzos, su barba rala y su cabello hirsuto, le prestan un cierto aspecto asiático que no repele, sino que interesa. Es un concentrado. Pero respira serenidad y nobleza en su seria melancolía que parece una reminiscencia fisonómica de tristeza eslava. Está presintiendo, con tesón y ánimo acerrado, que, por aquello que ocurre y aprende en esos instante, habrá de morir algún día en las tierras ocres de Persia, bajo las picas que serán su atributo.

Fulgura en su ensimismamiento la hondura de una inteligente comprensión, y tal vez rumía su espíritu la preocupación doliente de llamarse el mismo nombre del otro de los congregados, al que aún no se atreve a mirar ni señalar, pero cuya traición se va ya presintiendo por frases de Cristo y por la hosquedad recelosa con que aceptó el bocado, y esquivó, retardando, facilitar el baño mundador de sus plantas, más eficaz que la séptupla inmersión jordánica de Naamán.

En el alma de Tadeo, el «abundoso en bondad», hay una sorda y abrasada lucha bajo una aparente frialdad. Y la hermética fisonomía de este patrón de las causas desesperadas no estorbará que mañana, cuando en su Epístola católica trate de ahincar la fe de los neófitos que adoctrine, tengan dulzor sazonado de fruta madura, aquellas primeras palabras augurales de salutación: «*Misericordia et pax et charitas adimpleatur*».





SANTIAGO EL MENOR

También nazareno, como su hermano el buen Judas. Testa apolínea, tipo refinado e imberbe, ademán nervioso y teatral, de estatua helenística. Se adivina en esta graciosa y un tanto arbitraria personificación conseguida por el artista, al hombre de porte intelectual y soñador, virginal y sensible, como Juan su colega, íntegro y puro hasta ser denominado «el justo» (que nunca bebió vino ni sidra) y con un afán predicador que lo



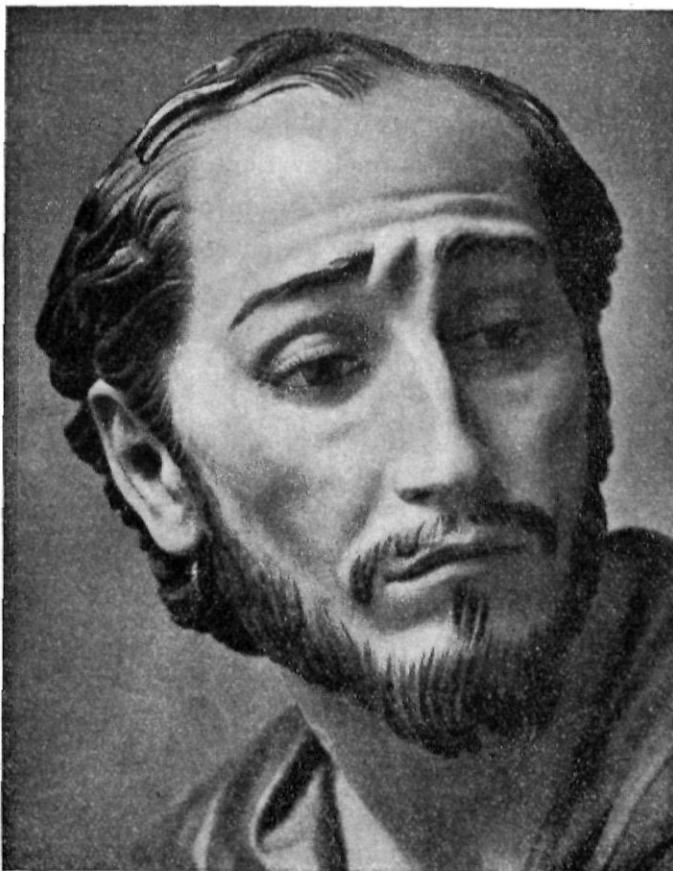
inflamará en la conversión de los más rebeldes judíos en esta histórica Jerusalén de la que, luego de la Ascensión de Cristo, será elegido primer Obispo.

Es la única imagen del conjunto que mira fuera de la reunión, en un aparte singular, de gesto oratorio, como queriendo explicarse a sí mismo la decisión actual de Jesús para con sus elegidos o explicársela a las gentes futuras que la conocerán y meditarán con admirado desconcierto.

Enriquecerá luego, ya sexagenario, la «didakhé» apostólica, con los resúmenes fundamentales de la nueva fe genuina, precisa y exacta, que contiene su Epístola dirigida a las doce tribus, profundamente israelitas, cáustica y austera, llena de recuerdos del estilo sentencioso de Jesús cuando hablaba a sus pérfidos coterráneos, y del impetuoso y ardiente del apóstol Pablo (con quien tuvo un efímero contacto en la propia Sión) cuando escribía a los hebreos.

Su frente despejada bajo una crespa cabellera undosa, y la cara desgarbada y arrogante, son una feliz novedad artística, puesto que de él se dice que «*nunquam tonsus est*» en su biografía litúrgica, y distan mucho, además, de las facciones maduras o seniles y pilosas que le atribuyen paletas y buriles del arte latino en las múltiples representaciones de la Cena Sagrada. Y así, se acentúa el perfil enérgico de este sufrido y luchador «*frater Christi*», paladín de la necesidad vital de las obras junto a la fe, exaltador de las virtudes básicas, de la tribulación y del perdón, que supo prodigar hasta en el momento en que su bella cabeza caía precipitada y destrozada, desde la altura del Templo, para ser hendida por la implacable maza del cruel batanero.





SAN MATEO

Hétenos a Leví, el historiador de sí mismo, el confesor de su evolución, el cronista de los dichos y hechos de Jesús que tienden a mostrar al mundo su divina naturaleza y virtud. El que pasó, como vaso de elección, de alcabalero a literato y masoreta, y de usurero a apóstol.

En la villa de Cafarnaum, ribereña del Genezareth, copioso de pesca, y trigueña de pingües campos, en aquel refugio acogedor de Jesús, vivía



cómodamente, y tenía montada su caseta de recaudación este buen burgués; y un día, sobre el tintinear de los siclos de plata en los tableros de piedra, oyó una suave voz que magnéticamente le invitaba a seguirle. Bastó esa sola palabra, dulcemente imperiosa, para cambiar caudales. Todo lo abandonó y despreció aquel avariento, sin dificultades, con generosa resolución: y quedó súbitamente transformado, de odioso publicano en discípulo dilectísimo. Ablandar así un corazón metalizado era más portentoso que acabar de curar allí cerca a un paralítico y leproso, en el aljarafe de una casa frontera al ondulante lago.

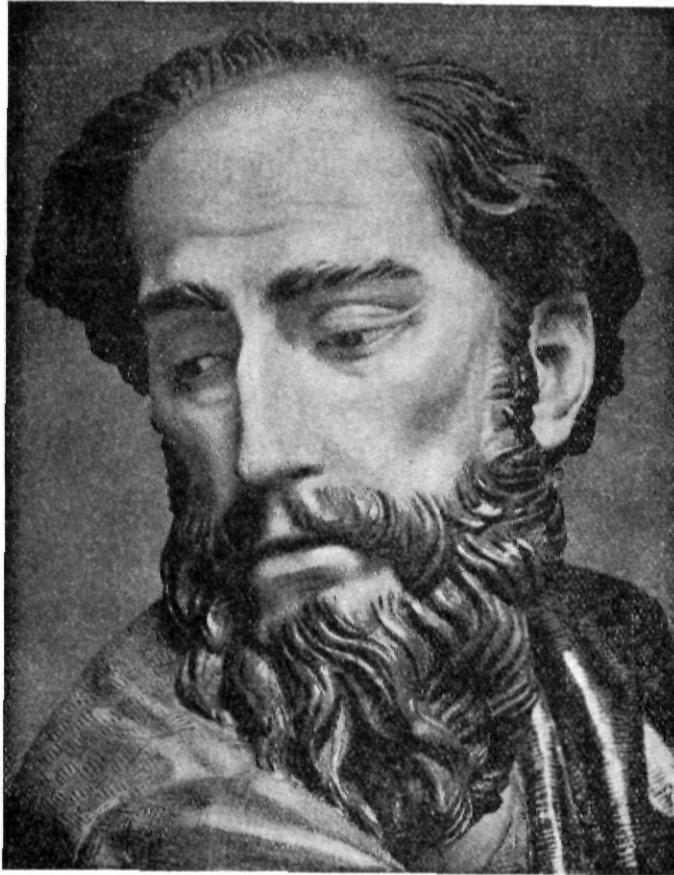
En la suya, de célibe, y con el último dinero que le quedaba, dió Mateo un gran convite a Jesús y a los amigos que lo seguían, con escándalo de los fariseos.

Ahora Jesús le devolvía el banquete en esta noche de intimidad y de efusión. Y aunque él ya se sentía limpio de la herrumbre de las monedas y apegos materiales, descubre anonadado que Jesús aún quiere lavarlo más, purificarlo totalmente para su gran destino.

Por éello, esta grave cabeza de aire doctoral tiene un entreceño de preocupación y de aturdimiento ante la extraña maravilla de un afecto abnegado y sin límites. Y habla el comensal con su vecino, ponderando, del rasgo improvisado que no llega a explicarse, el cómo y el porqué.

Y de su pluma, hecha al cálculo y al lucro, aprovechando el tesoro espiritual de los días y prodigios que ha vivido, brotará luego la redacción del código mesiánico y eclesiológico de su magno Evangelio erudito: libro que, además de escrito por él en el parche con signos arameos, y divulgado luego entre judíos y gentiles, lo llevará viviente en los labios y el corazón hasta los desiertos de la Etiopía, zona de sus ejemplos y predicaciones, donde hubo al fin de sellarlo y rubricarlo con su sangre.





SANTIAGO EL MAYOR

«Hijo del rayo y del tronido fuerte», como lo llamó la lira hispana barroca... Jacobo Boanerges, como le apellidaba el mismo Jesús que lo llevó consigo, en seleccionado triunvirato y acompañado de su hermano Juan y del sencillo Pedro, para asistir a las dos más grandes y antagónicas soledades reveladoras: la cumbre del Tabor y la hondonada de Gethsemaní.



En el séquito fiel del Maestro gozó siempre de su confianza y su profundo conocimiento. Y así parece ahora contestar a la conversación de Mateo, su interlocutor, con el «majora videbis» de los que están en el secreto.

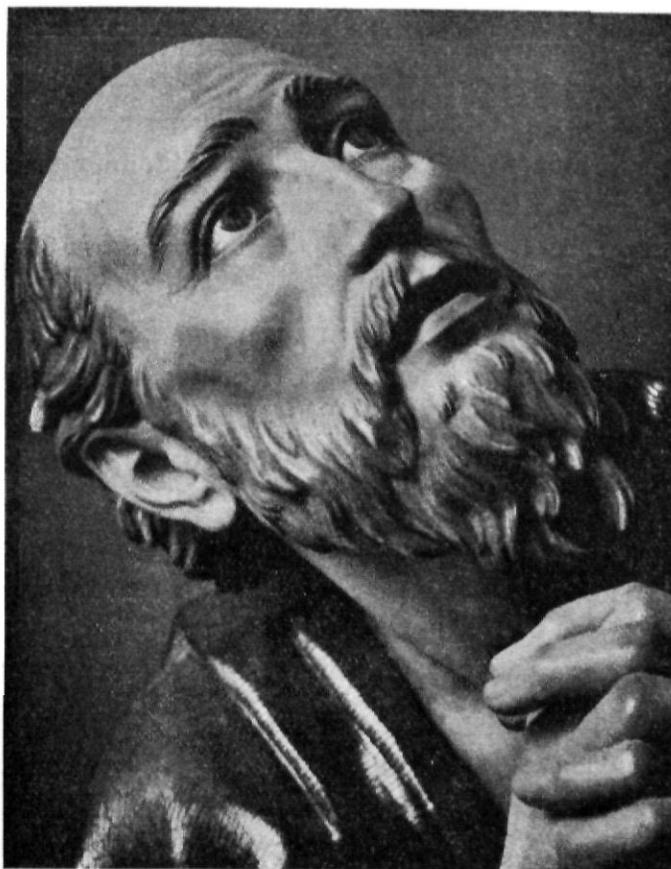
Cabeza romántica de amplia frente y barba poblada: escorzo de nómada que habrá de recorrer, vivo y muerto, tierras luengas, mares dilatados, campos de estrellas que lo dejen en la sede multiseular de sus veneraciones peregrinas. Postura ecuestre e intrépida, pronta a la defensa contra el infiel,

*«Defensor almae Hispaniae,
Jacobe, vindex hostium...».*

Hermosa cabeza para ser degollada por otro Herodes, como la del Bautista: boca para beber el cáliz indispensable para situarse cerca de Dios.

Como estuvo siempre muy próximo a Cristo, aunque no tanto como pedía Salomé su madre, aprendió bien de Aquél la esencia de la caridad, y antes de cercenado, le dió un beso de paz a su verdugo.





SAN ANDRES

«*Andreas, Christi famulus, dignus Dei Apostolus, germanus Petri et in passione socius*», canta su antifonario en alto encomio: ¡El protocleto! El primero en seguirle, al ver pasar a Jesús entre los clamores del Precursor; el primero en saltar de la barca al ser llamado, junto a la orilla del Tiberiades, ese mar interior de zafiro que puso fondo y decorado a tantos prodigios y sermones de Jesús, en el territorio sagrado de la Palestina.

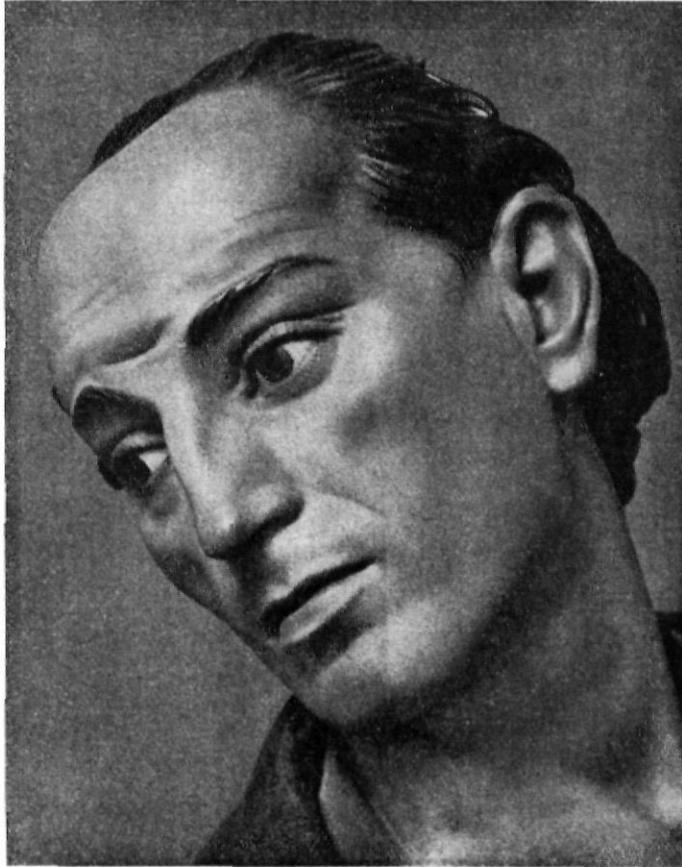


Andrés, el apóstol de edad más proyecta y de ánimo más templado y perseverante, el viejecito de espaldas ya algo encorvadas por los esfuerzos de la jábega, el varado y el copo; todo brasa de devoción e inclinación de ofrenda, con las manos callosas de remendar las redes, apretadamente cruzadas como en súplica a Jesús para que no se humille tanto ante estos tripulantes de su suerte, o a su hermano Simón Pedro para que no se obstine en rehusar el inaudito y cariñoso empeño de Jesús de lavarles los pies sucios y arenosos.

Nuestro escultor, que ha huído en general de hacer demasiado viejos a los Apóstoles, como han solido hacer tradicionalmente tantos artistas plásticos, y los ha frisado a todos en un nivel medio de madurez, ha puesto ya cenizas grises de Safed en los cabellos de este práctico y solícito pescador que dejó en la playa sus artes, porque le iban a ser prestadas otras de divina envergadura para ganar almas; y ha acentuado además notablemente la desnudez de su calva; aunque no ha llegado a dar a su barba descuidada aquella nivea blancura del Hermón, vecino del lago, que intensificaron en sus imágenes del Santo, Velázquez y Ribera, Berruguete y Salzillo.

Está saltándole su corazón dentro del pecho, como un pez palpitante; y está clavando sus pupilas en el Maestro, con aquella deprecatoria obsesión con que requebró luego a la cruz aspada que le preparó el tirano en la Acaya, y desde la que, desnudo y traspasado, estuvo dos días vivo, predicando la fe y el amor de Cristo, y el placer de haber venido a imitarlo en el instrumento de su sacrificio.





SAN BARTOLOME

El genuino judío, Bar-Tolmi, o hijo de Tolomeo; el Natanael del primer Evangelio sinóptico: amigo y presentado de Felipe, con prejuicios antinazarenos, pero fácil y consecuente a la convicción, de quien dijo Cristo: —He aquí verdaderamente un israelita, en el cual no existe dolo.

Cuando el Señor lo vió cabizbajo y sentado a la sombra de la higuera, el árbol galileo por excelencia, ya sondeó su ánima diáfana que no tardó



en saludarle como a Rabbi, Hijo de Dios y Rey de Israel: títulos cuya paladina y ardiente promulgación, vinculada a los textos categóricos de Mateo, que se asimiló por entero, llevó por las más lejanas y exóticas tierras del Asia. Por éso, en su iconología, se le adjudican como notas alegóricas y personales el libro del Evangelio y el cuchillo de su disección, dos grandes armas de salud: y aún se le suele añadir, como le pintaba Theotocópuli, un pequeño demonio cinocéfalo sujeto con cadena, simbolizando al que poseía a la princesa de Armenia, y él exorcizó, convirtiéndola.

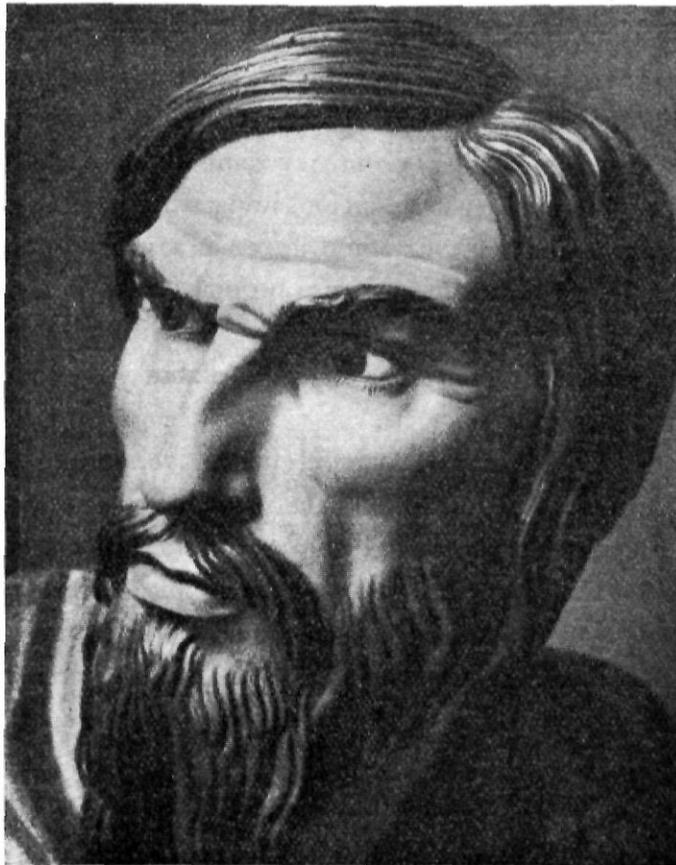
Es tal vez ésta la más original y nueva figura de las del trono del Lavatorio que vamos acabando de comentar: y es la única que el artista, si se exceptúa la primordial de Jesús, ha puesto en pie y en más enfática actitud.

¿Ha pensado el autor, al esculpirlo y encarnarlo así, totalmente rasurado y pulido, en el único San Bartolomé que recordamos sin barbas, entre tantas representaciones, como es el del martirio del Apóstol, del Españolito, en el Museo del Prado? ¿Ha querido modelar esta fina y monda cabeza, para recrearse más en conseguir el perfil característicamente judaico que convenía al personaje...? El hecho es que, con este nuevo tipo que le ha creado, da un inequívoco sesgo de variedad a la congregación apostólica, propicia a la monotonía en torno a la mesa de la Cena pre-eucarística y ante el ceremonioso acto que se prepara Jesús a realizar.

Este Bartolomé, más cortesano que marinero, está levantado, y corroborando su personal sentir frente al caso, con la diestra plenamente apoyada en el mantel del tablero, y la otra mano en actitud declamatoria. Su actitud le ha descolgado la veste, y muestra buena parte del tórax al descubierto.

Estamos muy lejos de pensar esta humanidad refinada entre la ferocidad sangrante del desollado que, como tormento especialmente doloroso, le atribuyó la leyenda y la hagiografía isidoriana, y que ha sido tema de estudio del natural para empañadas composiciones pictóricas españolas, italianas y flamencas. La carne tersa y cuidada que clarifica a esta figuración de Bartolomé, no la podríamos imaginar, sin mayor horror aún, sometida a la cruel taxidermia ordenada por Astiages, que ha servido para grandes modelos de lienzos realistas. La tendríamos que suponer más rugosa y fofa, como en dichos cuadros casi repulsivos, más que devotos.





JUDAS ISCARIOTE

No siendo el último en la ordenación de los doce (tal vez hiciese el segundo a la derecha de la cabecera de la mesa, puesto que Jesús le pudo acercar con su mano el bocado, según los escoliastas y el esquema de Ricciotti), ni en la colocación en el «paso», ha de ser sin embargo el final de este desfile o galería apostólica, el siniestro hombre de Karioth; porque siempre, y en todas partes, y aquí en esta exposición por lo tanto, el traidor es el último.



No aparece zafia y deliberadamente contrahecho o deformado, como solía fingirlo la indignada piedad de antiguos imagineros: pero su semblante rufo trasluce la fealdad abominable de su alma criminosa. Tiene perfil de félido o de pájaro rapaz... Es el único que está de espaldas en la reunión, con entrecejo caviloso y duro: y semisentado, en posición huidiza e inestable, pensando en la deserción, impaciente por el resultado y la ocasión de su plan delictivo. Es como un espía sospechoso, en interior y disimulada agitación, y no un elemento normal o miembro de la reducida comunidad de discípulos convidada a las intimidades y regalos de la cena ritual y a las memorables efusiones de palabra y de obra del bondadoso Maestro, ya vendido por él.

Se recoge el plegado ropaje, bajo el que tal vez oculta el dinero nefando de la entrega; y aprovechará la primera oportunidad para salir clandestina y apresuradamente del tibio recinto a la noche de luna y de ladridos, por los atajos donde le asustará su propia sombra.

Recuerda esta figura algo de las retorsiones sarmentosas de ciertas imágenes policromadas de la escuela castellana, de anacoretas o sayones: y su pelambre y barba flavos y cabrunos revelan un ánimo fraudulento y cobarde.

No quiere oír las concretas alusiones de Jesús al ir a lavarse los pies: —«Y vosotros estáis limpios: pero no todos...».

Pronto escapará, y fraguará su iniquidad dando un beso en señal a aquél que acostumbraba a abrazarlo y llamarle amigo. Y después, sobresaltado, que no arrepentido, por la desesperación ante lo irreparable, arrojará violentamente al suelo del templo las monedas del Hacédama, y ahorcado luego de un tronco estéril, sus entrañas podridas serán pasto de buitres y de hienas.



COLOFON

Así, a unos y a otros, más jóvenes o de mayor edad, lozanos o rugosos, más toscos o más instruidos, menestrales o aburguesados, leales todos, salvo el de la excepción, enjuagó Jesús y secó los pies amable y espontáneamente, poco antes de instituirles en su nuevo sacerdocio y dárselos en propio alimento.

Y luego de componerse otra vez sus vestiduras y sentarse de nuevo con ellos a la mesa, se quedó mirándolos fijamente a todos y a cada uno, que permanecían atónitos.

En el ámbito silencioso, resonaban las profundas y divinas palabras:

—«¿Sabéis lo que he hecho con vosotros...?».





GONZALEZ

MORENO

El inspirado autor de estas sacras efigies tan felizmente agrupadas, JUAN GONZALEZ MORENO, nació en Aljucer, en el corazón mismo de la huerta pináüe de Murcia, al finalizar la primera década de este siglo. Hizo su aprendizaje de dibujante y modelista en esta capital; y en 1932 obtuvo una pensión oficial para hacer estudios en la Escuela Superior de Pintura, Escultura y Grabado, de San Fernando.

Luego de revelar singulares aptitudes plásticas al conseguir su primer galardón en un certamen de la Asociación de la Prensa murciana, alcanzó en 1948 el Premio «Salzillo» del concurso periódico de la Diputación Provincial; y luego repitió este mismo lauro en 1950. Antes de ganar este último, ya se había asomado al panorama de la Escultura Nacional con una preciosa figura de «Muchacha» que le valió una Tercera Medalla en la Exposición Madrileña de 1948, y que hoy se muestra en el Museo de Arte Moderno. Adelantando más cada día en su carrera artística pronto consiguió Medalla Segunda en la Exposición Nacional de Bellas Artes de 1952, por un grupo religioso en bronce de «La Anunciación».

Antes y después de una fructífera y aplicada estancia en Roma y otras ciudades de Italia y Francia, vino cultivando su gubia la imagineria sagrada policroma, especialmente la pasionaria, de tan hispana raigambre, con seguro y creciente éxito; y son muchas y excelentes las obras de esta clase que proclaman sus méritos, en templos y congregaciones de ésta y otras regiones: Tales, «El Cristo de la Agonía» de Cieza; «El Entierro de Cristo», la «Virgen de la Amargura al pie de la Cruz», y el «San Juan Evangelista» de la Concordia del Santo Sepulcro de Murcia; el «Cristo yacente» de Villena; «El Descendimiento» para Burgos; el «Santiago Apóstol» de Totana; otro «Entierro de Cristo» de Albacete; y «El Lavatorio», su peregrina obra monumental de la Archicofradía de la Preciosísima Sangre del Carmen de Murcia, glosada en cada una de sus figuras en las páginas anteriores.

Como escultor decorativo trabaja actualmente en la restauración proyectada del Santuario de Nuestra Patrona, la Virgen de la Fuensanta.

Joven aún y en plena madurez su producción estatuaria, nadie sabe hasta qué meta pueda llegar en su bien cimentada y progrediente fama.

